

A PROPOSITO DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA ⁽¹⁾

Por CRISTOBAL DE LOSADA Y PUGA

Hace veinte años se fundó en Lima una Universidad Católica. La empresa parecía quimérica, pero el pujante desarrollo que en ese intervalo de tiempo ha adquirido la nueva institución, demuestra en forma palmaria que ella venía a satisfacer una necesidad profunda del Perú.

Esa Universidad, cuyos primeros comienzos fueron observados por unos con curiosidad, por otros con antipatía, por todos con un poco de desdén, es ahora uno de los primeros centros científicos del Perú, y uno de los soportes más seguros de todo lo que constituye el alma nacional: el patriotismo, la tradición, la historia, la familia, el respeto a las instituciones.

Semejante baluarte de todo lo que es el Perú, no puede dejar de tener enemigos y malquerientes: ¿cómo podríamos pretender, por ejemplo, que loaran a la Universidad Católica los comunistas, los que quieren hacer tabla rasa de nuestra tradición y de nuestra historia, los que quisieran implantar entre nosotros el marxismo y la revolución social? Y entre éstos, los propagandistas solapados del veneno disolvente son los más peligrosos: es fácil defenderse del demagogo ostensible y del agitador que se juega el todo por el todo en sus extraviadas campañas; pero son realmente temibles esos hombres que, descontentos de su suerte y creyendo neciamente que la van a cambiar hundiendo a su país, hacen insidiosamente campaña destructora.

Y estos enemigos solapados del Perú (porque eso son: enemigos del Perú!) han inventado con maligno ingenio —ya sabemos que son mañosos— un cargo contra la Universidad Católica,

(1).—Artículo publicado en "El Comercio" del 20 de mayo de 1938.

cargo que nada valdría si sólo fuera proferido por ellos, pero que ya he escuchado de labios de algunos hombres patriotas y honrados, que lo repiten maquinalmente sin darse cuenta de que combaten a una de las instituciones que más trabajan al servicio del Perú, y cuyo trabajo, desinteresado e inspirado en móviles superiores, es digno de la más absoluta confianza y merecedor de la simpatía y el apoyo de todas las gentes honradas.

El cargo que han inventado los unos y repiten los otros contra la Universidad Católica es este: que la dualidad de Universidades, la del Estado y la Católica, está creando "una división en la juventud peruana", que ya no tiene homogeneidad, pues presenta dos corrientes distintas. Y que esta existencia de dos tendencias diferentes en las nuevas generaciones es un mal tan grande, que la Universidad Católica "debería desaparecer".

Tal es la monstruosidad que repiten —anomalía inconcebible— algunos hombres que se dicen, y que son, buenos patriotas, hombres de orden, quizá si hasta conservadores. Examinemos la tesis.

En primer lugar, conforme un país va creciendo y desarrollándose, como ocurre con nuestro Perú, van diferenciándose en él tendencias espirituales, intereses económicos, peculiaridades regionales que se completan entre sí y cuyo conjunto armónico es indispensable para constituir una nacionalidad rica y poderosa. La coincidencia de intereses económicos de todos los ciudadanos, por ejemplo, sólo se halla en países paupérrimos, cuyos habitantes se dedican todos a una sola industria: hay islas que sólo producen plátanos, y cuyos habitantes están unánimemente interesados en que la temperatura y las lluvias favorezcan la maduración de estas frutas, en que se logren vencer las plagas que las amenazan, y en que el precio de los plátanos sea el más alto posible. Pero ¿quién podría sostener que esta es una bendición, y que el país ideal es el que sólo produce un artículo, "porque todos sus habitantes tienen intereses comunes"? Pues lo propio y más aún, ocurre en el campo espiritual. Es querer empequeñecer y empobrecer el alma nacional, el pretender que todos los hombres de formación universitaria procedan de una misma universidad, o por lo menos de universidad de tipo más o menos uniforme.

Ahora, supongamos que fuera realmente indeseable la existencia de diversas corrientes ideológicas en el país, y lo sería efectivamente si alguna de esas corrientes representara en sí un peligro para la nacionalidad. ¿Se pretende acaso, que la Universidad Católica difunde doctrinas que amenazan el porvenir del Perú? Todo el mundo conoce cuál es el ideario de una Universidad Católica.

Si en un país existen diversas corrientes doctrinarias, sea en cuestiones religiosas, filosóficas, económicas, políticas o artísticas, ¿qué cosa más natural que haya entre la juventud elementos que sigan una u otra de esas corrientes, y que, si son suficientemente poderosas, existan instituciones que las encaucen y representen?

¿Qué diferencia distingue a la Universidad Católica de las universidades del Estado? A mi ver, sólo podría reconocerse esta: que las universidades del Estado son laicas en el buen sentido de la palabra. A nadie se le ocurrirá sostener que las doctrinas enseñadas en ellas son radicalmente opuestas a las propaladas en la Universidad Católica, porque esa afirmación encerraría un cargo gravísimo —y, por lo demás, injusto— contra las universidades oficiales.

El sostener que la existencia de una Universidad Católica junto a las universidades oficiales “es un elemento de división de la juventud peruana” no es sino repetir, trasplantada a nuestro medio, la argumentación sofisticada y malsana con que se ha defendido en Francia la *Escuela Unica*. Si esa tesis fuera aceptable, ¿qué razón tendrían sus sostenedores para no combatir el funcionamiento de colegios particulares de instrucción primaria y media? ¿Por qué ha de ser un peligro para la unidad nacional el que haya dos universidades, si nunca se ha considerado como tal el que existan, a la par que colegios nacionales, como el de Guadalupe, otros dirigidos por particulares, tanto seculares como religiosos?

Las personas que se alarman del supuesto peligro de que la existencia de una Universidad Católica introduzca una división en las nuevas generaciones peruanas, olvidan, o ignoran, o fingen ignorar que en todos los grandes países del mundo existen, no sólo universidades distintas, sino universidades rivales. En Inglaterra la competencia entre las grandes universidades de Oxford y Cambridge no se limita a las regatas anuales en las aguas del Támesis; existe, ha existido siempre entre ellas una verdadera rivalidad y un

empeño infatigable de superación recíproca. Así, mientras que tradicionalmente en Oxford se han cultivado de preferencia los estudios clásicos y en Cambridge los científicos, ahora presenciamos una ofensiva definida y formidable de la Universidad de Oxford que trata —y lo está logrando en forma que sorprende— de ocupar un lugar de primer orden en los estudios científicos: ha reclutado grandes profesores y está editando una serie de libros que nada tienen que envidiar a la famosa *colección azul* de la Universidad de Cambridge. Esta rivalidad llega a tal punto, que se ha dicho que un profesor de la Universidad de Cambridge sólo habla de un libro que haya escrito un profesor de la Universidad de Oxford, o viceversa, en dos casos: o cuando el libro es muy bueno, o cuando el libro es muy malo (o cuando tiene que rendirse ante su valor incontrastable, o cuando puede servirle para desacreditar a la otra Universidad). Y no solamente existe rivalidad entre estas dos grandes universidades clásicas, sino que entre ellas de un lado, y las universidades de tipo moderno, como las de Londres y Liverpool, de otro lado, se libra una áspera competencia. Y nada de esto obsta para que Inglaterra sea un gran país. ¿Quién podría sostener que en Bélgica es perjudicial la coexistencia de la Universidad Católica de Lovaina y las universidades liberales —y hasta agresivamente liberales en ocasiones, y anticlericales— de Gante y Bruselas? En Francia existen universidades católicas en París, Lila, Lyon, etc. La de París, que tiene el nombre oficial de “Escuela Libre de Altos Estudios” y el nombre familiar de “Instituto Católico de París”, es una institución que cuenta o ha contado entre sus maestros a hombres como Ferdinand de Saussure, acaso el más grande de los lingüistas contemporáneos, o como Branly y Lapparent, miembros ambos de la Academia de Ciencias; precursor ilustre el primero de la telegrafía sin hilos y que, ya nonagenario, concurre aún diariamente a su laboratorio; geólogo insigne el segundo, cuyo Tratado de Geología, en tres volúmenes, es tal vez la obra capital que haya producido la humanidad en este ramo. La de Lyon ha contado entre sus profesores a hombres como Sparre. La Universidad Católica de Lovaina puede enorgullecerse de tener en sus filas a Lemaitre, el autor de la teoría de la expansión del Universo, y a La Vallée Poussin, el primer matemático de Bélgica y uno de los primeros de Europa.

Volviendo a nuestros peculiares problemas peruanos, la profunda división ideológica y política que se advirtió en nuestra patria en los últimos años, no pudo nunca ser imputada a la Universidad Católica, pues se presentaba en generaciones que habían sido formadas, o cuando la Universidad Católica no existía, o cuando, incipiente, no contaba para nada en el concierto espiritual del país. Y quizá si más de una vez pudo lamentarse precisamente el que no existieran en la masa social las fuerzas de resistencia que la Universidad Católica trata de preparar.

La existencia de una Universidad Católica no sólo es beneficiosa para el país en general: lo es también para la Universidad oficial. Al derivar hacia sus aulas a una parte de los alumnos, la Universidad Católica descongestiona los claustros de San Marcos, con evidente beneficio para la enseñanza. Y la coexistencia de dos universidades es una garantía de estímulo y de perfeccionamiento para ambas: que cada una de ellas se esfuerce por elevar su enseñanza, por mejorar cada vez más su personal docente, por afianzar su estabilidad, por ennoblecer el espíritu de la juventud que acude a sus aulas: de todo ello saldrá ganando el Perú. Tal vez algunos profesores o alumnos de cada universidad carecen de la serenidad necesaria para mirar cordialmente la existencia y los progresos de la otra, pero esta manifestación de un exceso de celo y de un amor intransigente a la propia institución, debe ceder el paso a una mejor comprensión y a una mayor amplitud espiritual. Sobre todo, resulta verdaderamente inconcebible que muchos hombres que se jactan de su espíritu liberal, sean lo bastante inconsecuentes consigo mismos para pretender ahogar la voz de todo aquel que no piensa como ellos.

Como una prueba de que siempre fue este mi criterio, voy a reproducir las palabras que pronuncié en el discurso de clausura del año académico de 1934 en la Universidad Católica; en una época en que mis únicas vinculaciones con la Universidad de San Marcos eran la de ser doctor en ella y la de haber dictado nueve años antes un curso en la Facultad de Ciencias, y cuando no suponía que al reanudarse sus actividades, interrumpidas por una clausura temporal, la misma Facultad había de honrarme encargándome nuevamente una cátedra. Debo advertir expresamente que días antes de leer mi discurso, lo consulté con el Rector ya que juzgaba incompatible con la disciplina universitaria el formular desde la tribu-

na de la institución declaraciones públicas sin su anuencia: mis palabras, plenamente aprobadas por él, representan así el punto de vista de la Universidad Católica. Hélas aquí:

“... la Universidad debe, entre los jóvenes que la frecuentan en pos de un título profesional o en pos de una formación cultural, discernir a los que sean aptos para la investigación científica y encauzarlos por ese noble y difícil camino.

“Eso debemos hacer en la Universidad Católica, con claro concepto de lo que la alta formación intelectual y el espíritu de investigación significan para la grandeza de un pueblo. *Y formulemos votos porque muy pronto veamos compartiendo con nosotros esta tarea a la universidad oficial, a la secular Universidad Mayor de San Marcos*, ya que la organización y fomento de la cultura superior, que para las huestes católicas es un derecho, para el Estado es un deber.

“Quienes no nos conocen ni nos comprenden, han llegado a suponer, con inconcebible ligereza, que la Universidad Católica podía tener algún interés en que el actual receso transitorio de la universidad oficial continuara indefinidamente. Basta un somero análisis para ver lo absurdo de tal idea. Una universidad católica sólo puede existir gracias a la libertad de enseñanza, y si tenemos que oponernos por principio al monopolio de la instrucción por el Estado, no tendremos jamás la ceguera de pretender ejercerlo nosotros. Por otra parte, todo monopolio es peligroso, no sólo para quien tiene que someterse a él, sino y principalmente para quien lo ejerce. Y si nunca una universidad particular puede pretender, sin negarse a sí misma, defender un monopolio de la educación, menos podrá hacerlo una universidad católica, que tiene interés primordial en que sólo frecuenten sus aulas los que quieran libremente venir a ellas, sin verse forzados por un monopolio aunque sea de hecho.

“Una Universidad del Estado y una Universidad Católica pueden y deben coexistir sin desmedro para ninguna de ellas, y así lo vemos en casi todos los países del mundo. Es posible que se establezca una cierta emulación benéfica entre ambas instituciones, es posible que se entable una pugna por superarse y por servir mejor a la juventud y al país: de ello todos obtendrán provecho.

“La Universidad Católica del Perú anhela, por eso, ver muy pronto ilena de noble vida a la Universidad Mayor de San Marcos, con la cual muchas cosas la unen y de cuyo verdadero espíritu nada la separa; y estamos tanto más seguros de que ambas instituciones pueden cumplir paralela y armónicamente sus fines, cuanto que tenemos la experiencia de los dos últimos años, en que la Facultad de Ingeniería de nuestra Universidad ha funcionado simultáneamente con la Escuela de Ingenieros del Estado, sin que ninguna de las dos haya producido a la otra el más leve menoscabo”.

Es perfectamente comprensible y natural que los revolucionarios, los anarquistas, los agitadores, combatan a una Universidad Católica, y que si alguna vez se adueñan del poder, la hagan víctima de los más bárbaros excesos. Pero los verdaderos patriotas, los hombres de orden, aquellos cuyas ideas concuerdan, si no en todo por lo menos en grandísima proporción con las que ella propala, no deben jamás disputar a sus adversarios aquel triste privilegio.

Lima, 1938.

Cristóbal de Losada y Puga.